

SERMON

PARA EL LUNES

DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA.

SOBRE EL CORTO NUMERO DE LOS ESCOGIDOS.

*Multi leprosi erant in Israel, sub
Eliseo profeta, et nemo eorum mun-
datus est, nisi Naaman sirus.*

En tiempo del profeta Eliseo habia
muchos leprosos en Israel, y ningun-
o de ellos sanó sino Naamán, siro
de nacion.

Luc. v. 27.

Todos los dias nos estais preguntando, católicos, si es verdad que es tan difícil el camino del cielo, y si el número de los que se salvan es tan corto como os decimos. A una cuestion tantas veces propuesta y tantas veces explicada, os responde hoy Jesucristo, que habia en Israel mu-

chas viudas afligidas de hambre y que solamente la de Sa-repta mereció ser socorrida por el profeta Elías; que en tiempo del profeta Eliseo habia muchos leprosos en Is-rael, y que no obstante, solamente curó el hombre de Dios á Naamán.

Católicos, si yo viniera á este puesto á atemorizaros mas que á instruiros, me bastaria el exponeros simplemente lo mas terrible que se lee en las divinas Escrituras acerca de esta verdad, y recorriendo de siglo en siglo la historia de los justos, haceros ver que en todos tiempos han sido muy pocos los escogidos. La familia de Noé fué la única en la tierra que se salvó del universal diluvio. Solo Abraham fué separado del resto de los hombres, y constituido depo-sitario de la alianza. Entre seiscientos mil hebreos, Jo-sué y Caleb fueron los únicos que entraron en la tierra prometida. En la tierra de Hus no habia otro justo mas que Job; en Sodoma Loth, y en Babilonia los tres niños hebreos.

A estos ejemplares tan terribles sucederian las expresio-nes de los profetas; os haria ver en Isaías que los escogi-dos son tan raros como los racimos que quedan en la vña despues de vendimiada, y que se han ocultado á la diligen-cia del vendimiador; y como aquellas que por casualidad quedan despues de la siega, á las que ha perdonado la hoz del segador.

Tambien os expondria las nuevas circunstancias que añade el Evangelio á lo espantoso de estas imágenes; os hablaria de dos caminos, de los cuales el uno es estrecho, áspero, y por el que caminan muy pocos; el otro ancho, es-pacioso, sembrado de flores, y que es como el camino pú-blico de todos los hombres; finalmente, os haria ver que en toda la Escritura santa se dice que la multitud es el parti-

do de los réprobos, y que los escogidos comparados con los demás hombres no forman mas que un pequeño rebaño ca-si imperceptible; os infundiria unos temores en orden á vuestra salvacion, que siempre son crueles para las almas que conservan aún algunas reliquias de la fe y de la espe-ranza de su vocacion.

¿Pero qué fruto sacaria yo, cifiendo todo mi discurso so-lamente á probar que son pocos los que se salvan? ¡Ah! no haria mas que descubrir el peligro sin enseñar á evitar-le, os manifestaria con el profeta la espada de la divina in-dignacion levantada sobre vuestras cabezas, sin ayudaros á evitar el golpe que os amenaza, turbaria las conciencias sin instruir á los pecadores.

Mi intento, pues, es hoy el buscar en vuestras costum-bres la razon de ser tan corto este número. Como cada uno se lisonjea de que no será excluido de él, importa mu-cho examinar si es bien fundada su esperanza; no preten-do señalándoos las causas que hacen que sea tan rara la salvacion, que infrais en general que serán pocos los que se salven, sino obligaros á que os preguntéis á vosotros mismos, si viviendo como vivís podreis esperar salvaros, y á que os digais, ¿quién soy yo? ¿qué hago para conseguir el cielo? ¿y cuáles pueden ser mis eternas esperanzas?

Este es el orden que me propongo en una materia de tanta importanciá. ¿Cuáles son las causas de que sea tan rara la salvacion? Señalaré tres que son las principales, y este será todo el asunto de mi discurso. La retórica ni sus figuras no serian aquí del caso. Escuchadme todos con cuidado; el asunto no puede ser mas digno de vuestra aten-cion, pues se trata de enseñaros qué esperanzas podeis for-mar de vuestro eterno destino. Imploramos, etc. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Son pocos los que se salvan, porque en este número no pueden comprenderse mas que dos géneros de personas, ó las que han tenido la felicidad de conservar su inocencia pura y entera, ó las que despues de haberla perdido la han recobrado con los trabajos de la penitencia. Primera causa: no hay mas que dos caminos para la salvacion, y el cielo solamente está abierto, ó para los inocentes ó para los penitentes. Ahora bien, católicos, ¿en qué estado os hallais? ¿sois inocentes ó penitentes? En el reino de Dios no ha de entrar alma alguna manchada, y así es preciso ir á él, ó con una inocencia que siempre se ha conservado, ó con una inocencia que se ha recobrado. El morir inocente es un privilegio á que pocas almas pueden aspirar; el vivir penitente es una gracia mucho mas rara por la mitigacion de la disciplina y por la relajacion de nuestras costumbres.

A la verdad, ¿quién puede aspirar hoy á la salvacion fundado en el título de la inocencia? ¿dónde están aquellas almas puras en quienes no haya jamás habitado el pecado y que hayan conservado hasta el fin el sagrado tesoro de la primera gracia que les confió la Iglesia en el bautismo, la que les ha de pedir Jesucristo en el terrible dia de las venganzas?

En aquellos felices tiempos, cuando toda la Iglesia no era mas que una congregacion de santos, eran muy raros los fieles que despues de haber recibido los dones del Espíritu Santo, y confesado á Jesucristo en el sacramento que nos reengendra, recaian en los desórdenes de sus primeras costumbres. Ananías y Safira fueron los únicos prevarica-

dores de la Iglesia de Jerusalem; la de Corinto no vió mas que un incestuoso; la penitencia canónica era entonces un remedio raro, y apenas se hallaba entre aquellos verdaderos israelitas un solo leproso á quien fuese preciso separar del altar santo y de la comunion de sus hermanos.

Pero despues, debilitándose la fe, empezando ya á apagarse y minorándose el número de los justos segun se iba aumentando el de los fieles, parece que los progresos del Evangelio detuvieron los de la piedad, y haciéndose cristiano todo el mundo, trajo finalmente consigo á la Iglesia su corrupcion y sus máximas. ¡Ah! casi todos nos descaminamos desde el seno de nuestras madres; el primer uso que hacemos de nuestro corazon ya es un delito. Nuestras primeras inclinaciones son á la culpa, y cuando nuestra razon empieza á manifestarse y á crecer, es sobre las ruinas de nuestra inocencia. La tierra, dice un profeta, está inficionada con la corrupcion de los que la habitan; todos han violado las leyes, quebrantado los preceptos y roto la alianza que debia durar eternamente; todos practican la iniquidad y apenas hay uno solo que obre el bien; la injusticia, la calumnia, la mentira, la perfidia, el adulterio y los mas infames delitos han inundado la tierra: *Mendacium, et fortum, et adulterium inundaverunt.*¹ El hermano pone asechanzas á su hermano, el padre se separa de sus hijos, el esposo de su esposa, y no hay lazo que no rompa un vil interés; la buena fe es una virtud destinada solamente á los simples; los ódios son eternos, las reconciliaciones fingidas, y nunca se mira al enemigo como á prójimo; los hombres se aniquilan y destruyen unos á otros; las concurrencias no son mas que lugares de pública murmuracion;

¹ Osee 4, v. 2.

la mas constante virtud no está libre de la contradiccion de las lenguas; el juego se ha convertido en negociacion, en fraude ó en furor; los convites, aquellos inocentes lazos de la sociedad, en excesos de que no se puede hablar; las diversiones públicas en escuelas de lascivia: en nuestro siglo se ven unos horrores de los que ni aun noticia tuvieron nuestros padres; la ciudad es una Nínive pecadora; la corte el centro de todas las pasiones humanas; y aunque la virtud autorizada con el ejemplo del soberano, honrada con su gracia y animada con sus beneficios, hace que la culpa sea mas circumspecta, no por eso la hace mas rara; todos los estados, todas las condiciones han corrompido su camino; los pobres murmuran contra la mano que los mortifica; los ricos se olvidan del Autor de su prosperidad; los grandes parece que solamente nacieron para sí mismos y que la libertad es el único privilegio de su elevacion; aun la misma sal de la tierra se ha puesto insípida, las lámparas de Jacob se han apagado, las piedras del santuario están indignamente esparcidas en el cieno de las plazas públicas y el sacerdote se ha hecho semejante al pueblo. ¡Oh Dios! ¿es esta vuestra Iglesia y la congregacion de los santos! ¿es esta aquella heredad tan querida, aquella viña tan amada, objeto de vuestros cuidados y de vuestro amor! ¿Qué mayores delitos podia presentar Jerusalem á vuestra vista cuando la herísteis con una maldiccion eterna?

Ved ahí ya un camino para la salvacion que está cerrado casi á todos los hombres; todos se han descaminado; ¡oh vosotros los que me escuchais, séais quien fuéreis! el pecado ha reinado en vosotros algun tiempo; la edad podrá haber calmado vuestras pasiones; ¿pero cómo ha sido vuestra juventud? Acaso las enfermedades habituales os habrán disgustado del mundo; ¿pero cómo usábais de la salud

antes de ellas? Puede ser que un impulso de la gracia haya mudado vuestro corazon; ¿pero no pedís continuamente al Señor que borre de su memoria el tiempo que precedió á esta mudanza?

¿Pero en qué me detengo? Todos somos pecadores, ¡oh Dios mio! y vos nos conoceis; aun lo que vemos en nuestros desórdenes, acaso no es á vuestra vista sino la parte mas sufrible, y cada uno de nosotros confiesa que por el camino de la inocencia no puede aspirar á la salvacion. Pues no nos queda mas remedio que la penitencia. Despues del naufragio, dicen los santos, que esta es la feliz tabla sobre la que únicamente podemos llegar al puerto; no hay para nosotros otro camino de salvacion; seais quien fuéreis los que habeis sido pecadores, príncipes, vasallos, grandes ó plebeyos, solamente la penitencia puede salvaros.

Permitidme ahora que os pregunte: ¿dónde están los penitentes entre nosotros? ¿dónde están éstos? ¿se hallan muchos en la Iglesia? Mas hallareis, decia antiguamente un santo padre, que nunca hayan caido, que de los que despues de haber caido se hayan levantado por medio de una verdadera penitencia: ¡sentencia terrible! Pero quiero conceder que esta sea una de aquellas expresiones que pasan por exageracion, aunque siempre son muy respetables las palabras de los santos; no lleguemos á este extremo, pues la verdad es en sí bastante terrible, sin que haya necesidad de añadir nuevo terror con vanas declamaciones. Basta examinar si por el camino de la penitencia nos hallamos la mayor parte de nosotros con derecho para aspirar á la salvacion.

¿Qué cosa es un penitente? Un penitente, decia en otro tiempo Tertuliano, es un fiel que en todos los instantes de su vida tiene presente la desgracia que tuvo en perder y

olvidarse en otro tiempo de su Dios; que tiene continuamente á la vista su pecado; que en todas partes halla imágenes tristes que se le representan: un penitente es un hombre encargado de los intereses de la justicia de Dios contra sí mismo; que se priva de los mas inocentes placeres porque se permitió en otro tiempo los pecaminosos; que goza de los necesarios con pena; que mira á su cuerpo como á su enemigo, á quien tiene necesidad de debilitar; como á un rebelde á quien necesita castigar; como á un culpado á quien en adelante debe negar casi todas las gracias; como á un vaso manchado que debe purificar; como á un deudor infiel á quien debe pedir hasta el último maravedí; un penitente es un culpado que se mira como un hombre condenado á muerte, porque no merece vivir y por consiguiente debe observar cierta austeridad y tristeza en sus costumbres, en su adorno y aun en sus placeres, como quien solamente vive para padecer: un penitente no ve en la pérdida de sus bienes y de su salud mas que la privacion de unos favores de que ha abusado; en los contratiempos que le suceden la pena de su culpa; en los dolores que le atormentan el principio de los castigos que ha merecido, y en las calamidades públicas que afligen á sus prójimos, contempla que acaso son castigo de sus delitos particulares. Esto es un penitente. Pero vuelvo á preguntaros: ¿dónde están entre nosotros estos penitentes? ¿dónde se hallan?

¡Ah! los siglos de nuestros padres aun veian algunos á las puertas de nuestros templos; aquellos eran sin duda unos pecadores menos culpados que nosotros, de todas clases, de todas edades, de todos estados, postrados delante del vestíbulo del templo, cubiertos de ceniza y de cilicio, suplicando á sus hermanos que entraban en la casa del Señor, les alcanzasen de su clemencia el perdon de sus culpas; ex-

cluidos de la participacion del altar y aun de la asistencia á los sagrados misterios, pasando los años enteros en el ejercicio de los ayunos, de las mortificaciones, de la oracion y en unas pruebas tan penosas, que no quisieran sufrir hoy ni aun un solo dia los mas escandalosos pecadores; privados se veian no solamente de las diversiones públicas, sino tambien de la sociedad y de la comunicacion de sus hermanos, de la comun alegría de las solemnidades, viviendo como anatemas, separados de la santa congregacion y aun despojados por algun tiempo de todas las señales de sus grandezas segun el mundo, y sin tener mas consuelo que el de sus lágrimas y penitencia.

Estos eran en otro tiempo los penitentes en la Iglesia; si habia en ella algunos pecadores, el espectáculo de su penitencia edificaba mas á los fieles, que lo que les habian escandalizado sus caidas; sus culpas podian en algun modo llamarse felices, pues solian ser mas útiles que la misma inocencia. Bien sé que la Iglesia se ha visto precisada á relajar con una prudente dispensacion las penitencias públicas, y aunque refiero aquí su historia, no es para calumniar la prudencia de los pastores que han abolido esta costumbre, sino para llorar la general corrupcion de los fieles que los ha precisado á ello. La mudanza de las costumbres y de los siglos trae necesariamente consigo la variedad en la disciplina; el gobierno exterior, fundado en leyes humanas, ha podido mudarse; pero la ley de la penitencia, fundada sobre el Evangelio y sobre la palabra de Dios, siempre es la misma. Es verdad que ya no subsisten los públicos grados de penitencia; pero los rigores y el espíritu de la penitencia aun son los mismos y no se puede prescribir contra ellos. Es verdad que se puede satisfacer á la Iglesia sin padecer las penas públicas que ella imponia an-